

Carta al *Corriere della Sera*

Querido director, agradecidos por la atención que su diario dedica a la educación en este tiempo tan vertiginoso, nos gustaría ofrecer la contribución de nuestra experiencia como profesores y educadores.

El inesperado retraso de la reapertura de la escuela superior después de las vacaciones de Navidad, debido a la persistente emergencia sanitaria, ha hecho saltar las alarmas de los profesores y estudiantes italianos. Estos meses, la educación a distancia ha sacado a relucir de manera llamativa problemas que ya había en el mundo escolar, como desinterés, desmotivación, problemas de concentración y también riesgo de abandono escolar para 34.000 estudiantes, como ha denunciado recientemente un estudio realizado por *Ipsos* para *Save the Children*. Nadie duda de que volver a dar clases presenciales puede marcar la diferencia, aunque sin duda esa no será la solución de los problemas que el cierre de los centros educativos ha puesto de manifiesto.

Como profesores, queremos admitir en primer lugar que nosotros también nos encontramos con problemas parecidos a los que en este tiempo están sufriendo los alumnos: miedo al contagio, aislamiento social y disolución del deseo. Nos enfrentamos a una coyuntura que muestra toda nuestra impotencia en una situación que sigue superándonos por todas partes. Ha sacado a la luz un malestar latente y una honda pregunta por el significado, no solo entre los jóvenes. Estamos en la misma barca.

No tenemos soluciones que sacar de la chistera, pero nos gustaría testimoniar cómo estamos afrontando este tiempo sin atrincherarnos tras las quejas por la gestión política, ni enrocarnos en eslóganes del tipo “no hay educación si no es presencial”. Corremos el riesgo de quedar atrapados en los esquematismos que solo llevan consigo rabia y desánimo. Sentimientos que los jóvenes, siempre agudos observadores, captan aun antes de entender el sentido de nuestras clases.

El reconocimiento de nuestra fragilidad nos ha corregido muchas veces, llevándonos a descubrir que este momento histórico puede enseñarnos precisamente a nosotros (que debemos enseñar a otros) algo nuevo para nuestra maduración personal y profesional. ¿Cómo estar delante de un chaval que ha perdido a un ser querido por la pandemia, o que ha dejado de asistir a clase porque se ha dejado devorar por la apatía o el desinterés? Cada uno de nosotros ha tenido que volver a una experiencia vital que le permita dar clase con la esperanza grabada en la cara, en lugar de dar sermones sobre la esperanza, añadidos o yuxtapuestos a nuestras horas de clase.

Una profesora de física, después de constatar que solo seis alumnos de veinticinco habían entregado la tarea, les soltó a los que se habían conectado: «Chavales, comprendo que en este momento tal vez querríais hacer otras cosas, dar vuestras clases presenciales, poder ir al colegio; a mí también me gustaría hacer otra cosa, me gustaría poder ir a clase en bicicleta. Pero nosotros somos más que el estado de ánimo con que nos despertamos. No os vais a morir por no hacer la tarea, viviréis igual de bien, pero os digo esto porque la realidad nunca me ha defraudado». Sus caras cambiaron, algo se movió en lo más íntimo de esos jóvenes al ver que una profesora se implicaba así con sus vidas y la clase se reanudó a otro ritmo. Sin una experiencia viva desde las propias entrañas, hasta el punto de iluminar los ojos, ¿cómo se puede volver a clase después de una jornada en la que uno acaba agotado y herido por las horas transcurridas delante de una pantalla con escasos resultados didácticos?

Se muestra más actual que nunca esta afirmación de Pasolini: «Si alguien [...] te hubiese educado, no podría haberlo hecho más que con su ser, no con sus palabras». No se educa con discursos, se educa con el propio ser. Presencial o a distancia, nuestro ser es lo que puede ofrecer una provocación ante la atenta inquietud o ante el desinterés apático de los chavales. El momento actual ha revelado la infecundidad de una enseñanza aséptica y distanciada, pero también la de los fuegos de artificio para entretener y divertir como si fuéramos actores consumados. La emergencia de la situación que estamos viviendo ha hecho que los jóvenes estén aún más hambrientos de

verdad y de autenticidad, de profesores que, explicando cualquier materia, comuniquen una esperanza por la que valga la pena vivir, comprometerse en el presente y construir un mañana.

Redescubrir la enseñanza como comunicación de uno mismo, es decir, de algo que da belleza y esperanza a nuestra vida, es una oportunidad estupenda de liberación, sobre todo en este tiempo en que los resultados no son siempre inmediatos y no todas nuestras lecciones salen a la perfección. No solo nos liberamos de esa ansiedad por los resultados –por la sobreabundancia de lo positivo que deseamos comunicar cada día dando clase– sino que sobre todo dejamos de tratar a los chavales como un mecanismo que reacciona automáticamente a nuestros *input*, estratégicamente orquestados. La enseñanza, incluso en esta situación, recupera así su belleza originaria: la libertad del docente en diálogo con la libertad de los chavales mediante los contenidos diarios.

Probablemente no veremos a corto plazo los frutos de lo que sembramos cada día cuando entramos en clase, ni tenemos la pretensión de medir la eficacia de su recepción inmediata por parte de los alumnos, pero algunos de ellos nos han sorprendido por el camino de maduración que han recorrido este año. Estos meses hemos visto rostros que volvían a brillar durante las clases, aunque solo fuera por un instante. Como le pasó a una profesora de latín que “pilló” a los chavales, al retomar la clase online después de la pausa, charlando sobre el sentido de la vida, «imposible de encontrar a los quince años», en su opinión. Al darse cuenta de la presencia de la profesora, los chavales le dirigen la pregunta: «Pero profe, ¿existe el sentido de la vida?». Podía haberlo dejado pasar, metiéndose de lleno en su programa, pero la profe decidió intervenir: «A vuestra edad yo tenía la misma pregunta, y cuando el sentido de la vida llamó a mi puerta, le abrí. El sentido de la vida os vendrá a buscar. Os lo aseguro». Se creó entonces un silencio palpable incluso en el aula virtual y la clase prosiguió entre gerundios y declinaciones con las caras cambiadas tanto en los alumnos como en la profesora, transfiguradas. Momentos así no los olvidaremos nunca. Como cuando, al terminar la última clase antes de las vacaciones de Navidad, una alumna avisa: «Profe, espera un momento antes de cerrar». En la pantalla se apagan las cámaras para volver a encenderse justo después mostrando, uno tras otro, multitud de «¡gracias profe!» escritos a mano en hojas de cuaderno. «¿Por qué?». La profe se muestra conmovida y asombrada por semejante gesto, precisamente en esa clase aparentemente tan impenetrable. Responden: «Porque con todas las dificultades de este tiempo usted ha dado el cien por cien, y podía no haberlo hecho... Siempre nos ha escuchado».

Hará falta tiempo para que arraiguen en la vida de profesores y alumnos, también mediante otras circunstancias que no están en nuestras manos, esos destellos que hemos visto encenderse en sus rostros. Sin embargo, estamos convencidos de que de esos destellos vendrá la energía necesaria para afrontar la fatiga del presente y reconstruir un mañana en nuestro país. Los jóvenes pueden aprenderlo desde ya si ven cómo sus profesores, a pesar de los continuos cambios en la modalidad de las clases, nos dejamos corregir por la realidad, sin miedo a reconocer nuestra impotencia, dispuestos a comunicarles lo que nos hace vivir con la esperanza y certeza de la positividad de la vida.

Gracias por su hospitalidad

Francesco Barberis, Pierluigi Banna, Francesca Zanelli, Andrea Mencarelli, Tommaso Montorfano, Simone Invernizzi, Angela Frati, Alessandra Brambilla, Alfonso Ruggiero
Profesores y educadores de Comunión y Liberación

7 de enero de 2021